

## LUCES Y SOMBRAS DE LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICO TÉCNICA. NOTAS CRÍTICAS SOBRE LA CUESTIÓN DEL DECLIVE DE LOS ESTADOS

**Pablo Huerga Melcón**

Universidad de Oviedo

*Con el dominio de la energía nuclear, la humanidad ha entrado en la era de una nueva técnica, incomparablemente más poderosa que la técnica de la era del vapor y de la electricidad [...] Pero, a la par que eso, vemos acercarse la época de una enorme revolución cultural y técnica, la era de las máquinas autorreguladoras, que se encargarán de una parte de nuestro trabajo intelectual. Como ocurre en el campo de la energía, en la actualidad sólo estamos en el umbral de esta era, pero sus perspectivas dejan muy atrás todo desarrollo anterior, por lo cual no pueden ser subestimadas. (A. Kolman, 1956)*

El día seis de agosto de 1945 a las ocho de la mañana tuvo lugar un acontecimiento que cambió radicalmente la historia de la humanidad. El científico Oppenheimer había alcanzado sus objetivos: una bomba atómica mató a decenas de miles de personas en Hiroshima, luego otra hizo lo mismo el día nueve de agosto en Nagasaki. Ahí nació un nuevo orden mundial. Sobre las cenizas de aquella masacre jamás antes imaginada emergió lenta e implacablemente un nuevo *leviatán*. El nuevo imperio fue fraguándose en una carrera armamentística ideológica, y tecnológica, a través de la guerra fría, dejando en el suelo, mordiendo el polvo, al único rival que le hizo sombra en la Segunda Guerra Mundial, el incomprendido Prometeo soviético, su particular Cartago. Una vez derrotado, el orden nacido de aquella horrible masacre se impone por doquier. No hay fronteras ni límites que lo resistan. Un aspecto curioso de esa guerra, pero importante, y que al parecer fue una de las razones del colapso tecnológico y productivo soviético, tuvo que ver con el hecho de no haber desarrollado una tecnología digital. Aquellas masacres nos situaron en la llamada era científico-técnica.

Radovan Richta trató de poner de manifiesto que el socialismo tal y como se vivía en los años sesenta se mantenía anclado en la era de la civilización industrial, mientras que los países capitalistas avanzados estaban ya cambiando de ciclo por la revolución científico técnica ligada al desarrollo de las nuevas tecnologías. Empezaba poniendo de manifiesto el factor del consumo como uno de los desencadenantes “condición necesaria”, de la revolución científico técnica, para luego mostrar su advenimiento prácticamente irreversible, al tiempo que ensalzaba sus potencialidades revolucionarias, como factor para abrir realmente el camino a un horizonte nuevo. Así, las sociedades socialistas se habrían visto realmente encorsetadas por su propio origen, al haber nacido en el conflicto social generado por el advenimiento de la época industrial:

“Con la industrialización, el proceso general de la civilización reducía el consumo de mercancía por parte de las masas a los bienes necesarios para la mera reproducción de la fuerza-trabajo. En el cuadro de la contradicción consumo-acumulación, la relación entre el incremento de la productividad y el consumo de los productos por parte de las masas estaba, pues, invertido. A partir de un determinado nivel, determinado por la cualidad y amplitud del progreso científico y tecnológico, el aumento del consumo se hace no sólo posible y compatible con un rápido desarrollo, sino que resulta su condición necesaria.”<sup>1</sup>

Más concretamente, reconoce Richta:

“El análisis de las experiencias llevadas a cabo por las sociedades socialistas muestra que un principio de intervención a nivel de la estructura social (revolución política y abolición de la explotación) tampoco puede liberar a la sociedad industrial del problema de la inversión sujeto-objeto, si bien es cierto que incide sobre su núcleo determinante: la situación es, efectivamente, tal que con solo estos medios no es posible modificar el conjunto de las relaciones entre los hombres producidos por el desarrollo de la civilización industrial. No se trata simplemente de una supervivencia de la alienación en el socialismo, como ocurre con la mercancía u otros elementos. Los hechos demuestran que la supresión radical de tales formas económicas, sociales y políticas tampoco pueden eliminar por completo la alienación del cuerpo de la civilización industrial, dicha inversión radica en las fuerzas productivas industriales, en su estructura restringida y en su dinámica. Esta inversión marca igualmente la naturaleza de la actividad y del trabajo humano, la ruptura implicada en el sistema industrial de dirección, la esfera del consumo y la configuración de la vida humana, donde la reproducción de la fuerza-trabajo domina el desarrollo del hombre, de sus capacidades, sus necesidades, sus intereses, sus decisiones, etc. [...] Simplificando un poco, puede decirse que en la medida en que la sociedad socialista en lo que concierne al origen de su infraestructura es incapaz de desarrollar las fuerzas productivas materiales y al mismo tiempo enriquecer el proceso vital (consumo, tiempo libre, etc.), de los individuos, en la medida en que el desarrollo general presupone una restricción cualquiera del desarrollo de los trabajadores, en esa misma medida, el socialismo opera sobre

---

<sup>1</sup> Radovan Richta, *Progreso técnico y democracia*, Alberto Corazón ed., Madrid 1970; pág. 26.

una base inadecuada de fuerzas productivas y asume de otra forma las tareas de civilización que el capitalismo no ha realizado; en la misma medida, la sociedad socialista tampoco puede contar con un grado superior de subjetividad interna de la clase obrera.”<sup>2</sup>

Parece como si Richta estuviera apuntando la idea de que la revolución socialista sólo debería haberse realizado una vez cumplida la revolución científico tecnológica, es decir, más en nuestra época que a principios del siglo XX, en plena civilización industrial. Y seguramente no sólo no le falta razón, sino que los estados del bienestar estuvieron verdaderamente a punto de dar el salto. De hecho, la revolución científico técnica, tal como la veía por ejemplo, Marcuse, en *El hombre unidimensional*, ofrecía un panorama idílico en aquellos tiempos, un horizonte revolucionario y cargado de posibilidades, una nueva civilización:

“Dicha revolución ha ido acompañada de una mutación fundamental en la filosofía de la producción, y se ha visto regida por un nuevo principio basado en al aplicación de la técnica a los procesos de información, que permite controlar el conjunto de un sistema de máquinas sin intervención del cerebro humano, eliminando de esta forma al hombre de la producción propiamente dicha e invirtiendo la relación entre el sujeto y el objeto en el proceso global de la producción humana. El paso gradual de la producción industrial al sistema de producción basado en la automatización constituye, como lo han demostrado las clasificaciones del desarrollo tecnológico, la génesis de un estadio cualitativamente nuevo alcanzado por las técnicas de producción [...] y es sólo cuestión de tiempo el que supere completamente el sistema industrial tradicional “manual mecánico”, transforme toda la sociedad y dé lugar a una nueva civilización.”<sup>3</sup>

La revolución científico técnica se caracterizaría entre otras cosas por poner la investigación científica y tecnológica en el primer lugar del proceso de innovación:

“Contrariamente a lo que ocurre en la revolución industrial, basada fundamentalmente en una técnica que avanzaba a ciegas, nuestra época está basada en una técnica completamente unida a la aplicación de las ciencias, lo cual presupone que las ciencias dirigen su evolución.”<sup>4</sup>

Si pensamos concretamente en el caso de las nuevas tecnologías de la información, la recepción por parte de muchos ideólogos socialistas del nacimiento de la cibernética fue totalmente negativa, acusándola de mistificación, falsa ciencia, etc. Es verdad también que otros se interesaron por el fenómeno desde un punto de vista más comprensivo, como es el caso de Arnost Kolman, quien recordaba, por otra parte, haciendo alarde de una lucidez muy necesaria, que “Algunos cibernéticos, y más aún ciertos periodistas reaccionarios, difunden la tesis de que las máquinas automáticas y, en primer

---

<sup>2</sup> Radovan Richta, *Op. Cit.*, pág. 59.

<sup>3</sup> Radovan Richta, *Progreso técnico y democracia*, Alberto Corazón ed., Madrid 1970; p. 24.

<sup>4</sup> Richta, *Op. Cit.*, pág. 37.

lugar, las máquinas de calcular pueden sustituir completamente al hombre en su trabajo intelectual.” Kolman escribió esto en 1956<sup>5</sup>.

Desde luego, Richta nos ha puesto en la pista del horizonte que se abre ante nosotros cuando afrontamos la cuestión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en un marco histórico cultural. Es impresionante, por ejemplo, cómo la tradición marxista auguraba un futuro tan esperanzador para el hombre de la civilización científico técnica: “la revolución científico técnica es la única base que permite la ampliación del proceso vital del hombre”, decía Richta (pág. 60). Y coincide plenamente con planteamientos que se han hecho populares durante los años noventa a manos de fabricantes de *best-sellers* americanos con menos escrúpulos. Leamos el siguiente texto de Richta:

“La nueva tecnología [...] está ligada, fundamentalmente, a la aplicación de la automatización, que “elimina el trabajo”, desplazando al hombre fuera del proceso de la producción propiamente dicha y orientándole hacia actividades complejas, tanto hacia aquellas exigidas por el desarrollo de la ciencia y de la cultura, como hacia nuevas actividades en sectores precedentemente poco desarrollados. En estos nuevos sectores el hombre afronta, en cierta medida, una situación propia del período de industrialización. A primera vista este movimiento contradictorio se presenta como un renacer del trabajo industrial tradicional en nuevos sectores. Pero de lo más profundo de él emerge una modificación en la orientación de la actividad humana hacia trabajos preparatorios de la producción o que tienen por objeto la vida y las relaciones de los hombres, sectores en los que asumirán cualidades completamente diferentes. “ Este cambio a veces se ha dado en llamar “revolución terciaria”.

Al hombre sólo le quedan dos alternativas, o la destrucción total o la continuación recurrente de su desarrollo. Sin embargo, está lo que decía Tocqueville acerca del futuro de la democracia. La democracia del futuro convertirá la sociedad en una “enorme masa de hombres similares e iguales” que giran “incansablemente en torno a sí mismos para procurarse pequeños placeres vulgares con los que llenar sus mentes”<sup>6</sup>. Recuerda mucho este diagnóstico a aquel que hacía el señor Jensen en la película de Sidney Pollack, *Network, un mundo implacable* (1976):

“El mundo es un negocio, señor Beale. Lo ha sido desde que el hombre salió arrastrándose del barro, y nuestros hijos vivirán, señor Beale, para ver eso: un mundo perfecto en el que no habrá guerra ni hambre, opresión ni brutalidad; una vasta y ecuménica compañía asociada en la que todos los hombres trabajarán para servir a un beneficio común; en la que todos los hombres poseerán una cantidad de acciones; en la que se les cubrirán todas las necesidades, se les moderarán todas las ansiedades, y les divertirán para que no se aburran.”

---

<sup>5</sup> Arnost Kolman, *Qué es la cibernética*, ed. Siglo Veinte, Buenos Aires 1966; pág. 40. (Conferencia pronunciada en la Academia de Ciencias Sociales de la URSS el 19 de noviembre de 1954.)

<sup>6</sup> Citado en Salvador Giner, *Historia del pensamiento social*, ed. Ariel, Madrid 2008; pág. 483.



Así es como aleccionaba este ejecutivo agresivo al locutor de televisión. Una sociedad, como dice Tocqueville, de hombres girando cada uno en torno a sí mismo, procurándose pequeños placeres vulgares con los que llenar sus mentes. Esa es una idea interesante para referirse al presente histórico.

El mundo de la revolución científico técnica, tal como lo definía Richta, corresponde en gran medida con lo que hoy estamos viviendo, pero desgraciadamente no ha servido de una manera evidente para la conversión del hombre en “auténtico sujeto”, “variable autónoma en el proceso de civilización”. La era científico técnica, lo que hoy llamamos la globalización, es un proceso en el que la alienación del hombre toma otras formas aun más complejas. No es difícil imaginar la alienación del trabajador tal como Engels, por ejemplo, llegó a conocerla de primera mano, como se pone de manifiesto en el impresionante libro de Tristram Hunt<sup>7</sup>, si nos asomamos al trabajo de los mineros en las minas de Potosí en Bolivia, mascando coca, bebiendo alcohol puro, fumando cigarros puros y comiendo mal, trabajando a todas horas en un laberinto de galerías que parece más a la red de túneles de los topos que a una explotación racional y técnica. Esa mirada perdida, atolondrada, de una vida reducida al trabajo más extenuante, desde la infancia, en las peores condiciones, eso es la alienación. Pero esa alienación propia de la era industrial sobrevive hoy en medio de un mundo en el que las nuevas tecnologías, como agentes inmediatos de mundialización, operan sobre los hombres también de modo alienante.

Hace ya muchos años, en 1973, Umberto Eco y un grupo de autores italianos vaticinaban la entrada en una especie de nueva Edad Media, tratando de comparar nuestro momento presente con la Edad Media. Es un libro interesante, quizá la única rémora radica precisamente en el esfuerzo de encajar los análisis sociológicos y las prospecciones de futuro con la estética tesis de la nueva Edad Media, un encaje que necesariamente tuvo que ser muy forzado y cargado de erudición histórica. Particularmente interesante es el artículo de Furio Colombo, “Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal”. La alienación moderna, la que corresponde a la nueva era no se impone sólo mediante la presión del trabajo, la alienación tiene que ampliarse a un espectro social mucho más amplio, que incluye votantes no trabajadores, parados, rentistas, etc., a toda la sociedad sin limitaciones, un perfil social mucho más amplio, y esta alienación hoy se ejerce, fácilmente es adivinarlo, con los medios de comunicación de masas que operan con una eficiencia psicológica mayor que nunca antes en la historia. Es verdad que hubo muchos casos de efectos mediáticos intensos, como el manido asunto de la retransmisión radiofónica de la guerra de los mundos el 30 de octubre de 1938 por parte de Orson Welles y su compañía teatral Mercury, pero ciertamente, se trata de acontecimientos marcadamente localistas, si lo comparamos con fenómenos como la última boda de la saga de los príncipes de Mónaco, o un partido de fútbol, etc.

Los medios de comunicación de masas tienen hoy un alcance inauditamente eficaz gracias, precisamente, al auge de las nuevas tecnologías, y los nuevos

---

<sup>7</sup> Léase con atención el magnífico libro de Tristram Hunt, *Frederick Engels. El gentelman comunista*, Anagrama, Barcelona 2011.

sistemas de transmisión de la información. Y la información, hoy más que nunca, depende de centros de poder y control cada vez más poderosos: “Todos los pueblos y todos los territorios son igualmente tributarios de las concentraciones tecnológicas, deben su vida absolutamente a los nuevos castillos; pueden estar protegidos, pero la protección forma parte de la lógica de su disponibilidad y de su ofrecimiento a la destrucción”, -dice Colombo<sup>8</sup>. Más adelante escribe: “el factor nación, la forma del gobierno y la estructura política son irrelevantes: democracias inmaculadas y regímenes de policía sanguinaria, el buen señor y el tirano subordinado, ocupan codo con codo las zonas dependientes, sin que ello turbe o interese a las concentraciones tecnológicas, que extienden sus confines hasta los límites de sus razones internas de equilibrio y poder, hasta los ámbitos sugeridos como racionales y económicos por la programación autónoma”. La concentración de poder está por encima de la autoridad que ya es pura apariencia, como decía Tocqueville. La democracia es un juego y sobre él opera un poder basado en la concentración del capital que se organiza en torno a los focos de investigación tecnológica de la nueva era. “La pesada mano del poder privatizado tiene a usar brutal y abiertamente a todos los grupos por igual, unos contra otros, hasta la última gota de sangre aun cuando se mantengan los ritos de las instituciones tradicionales”<sup>9</sup>.

En todo caso, no vamos a entrar aquí en un análisis detallado del proceso de concentración de poder mediático que ha transformado el periodismo en el verdadero *mamporrero de las estrategias del imperio* a base de *neolengua* y argumentos pseudocientíficos sobre la economía, en donde una suerte de abstractos mecanismos irrefutables acaban siempre poniendo contra las cuerdas a los estados. Remitimos a los lectores al libro de Fernando Quirós Fernández, *Estructura internacional de la información*, ed. Síntesis, Madrid 1998; o al más reciente de Ramón Reig, *Los dueños del periodismo*, Gedisa, Barcelona 2011, en donde se ponen al corriente los datos actualizados acerca de la concentración de poder de los grupos mediáticos y su involucración política, una involucración que constituye claramente la *destrucción mediática de la verdad* que caracteriza nuestra era científico técnica.

Sociedad postindustrial, nueva Edad Media, Tercera ola, Globalización, era de la civilización científico técnica, todas ellas son descripciones aproximadas de nuestra época, expresión misma de nuestra agonía. Alvin Toffler decía con un optimismo parecido al del marxismo de Richta:

“Al ir madurando la civilización de la Tercera ola, crearemos no un hombre o una mujer utópicos que descuellen sobre las gentes del pasado, no una raza sobrehumana de Goethes o Aristóteles (o Genghis Khans o Hitlers), sino simplemente y, orgullosamente, una raza –y una civilización- que merezca ser llamada humana.”<sup>10</sup>

Recuerdo haber leído en alguna de las importantes obras de Faustino Cordón una lúcida reflexión sobre el hombre en la que se preguntaba cuántos talentos

<sup>8</sup> En Umberto Eco y otros, *La nueva edad media*, Alianza ed., Madrid 1973; pág. 53.

<sup>9</sup> Eco, *Op. Cit.*, pág. 66.

<sup>10</sup> Alvin Toffler, *La tercera ola*, v. II, Orbis, Barcelona 1980; pág. 377.

como el de Aristóteles se están “perdiendo” hoy en una ciudad como Madrid, conduciendo autobuses urbanos, o poniendo ladrillos, o en el paro, etc., puesto que estadísticamente tiene que haber muchos en relación con el alcance del conocimiento actual y la mera cantidad de población mundial. Tal vez la era de las TIC podría haber dado una oportunidad a estos talentos perdidos.

Jeremy Rifkin publicó en 1994 un libro, *El fin del trabajo*, en el que volvía sobre los mismos pronósticos y argumentos, también desde un punto de vista más bien optimista y positivo. Nos situaba ante un dilema clásico abierto por la introducción de nuevo capital fijo en términos de nuevas tecnologías. Rifkin llama a la nueva era, la Tercera revolución industrial. Y pone el acento en un problema que quizá todavía tardará tiempo en manifestarse. Achaca a las nuevas tecnologías el fin del trabajo, el aumento del paro en el mundo, etc., en una línea tradicional ya prevista por ejemplo en las anteriores citas que hemos hecho de Richta, y en general por el análisis más somero de las tecnologías y el trabajo. El marxismo dio una respuesta a este desengaño ante la máquina, por ejemplo, con el asunto de los Luditas, que es definitiva y sigue siendo actual: no son las máquinas las que quitan el trabajo, sino las relaciones de producción en las que esas innovaciones técnicas se establecen, aquellas que determinan que la introducción de máquinas tiene como consecuencia el aumento del paro. Boris Hessen hizo un análisis extraordinario sobre el concepto de máquina en el marxismo en su conocida obra, “Las raíces socioeconómicas de la mecánica de Newton”<sup>11</sup>.

Rifkin achaca a las nuevas tecnologías el fin del trabajo, el aumento del paro en el mundo, etc. Sin embargo, los países siguen necesitando grandes masas de población activa, de trabajadores, de modo que no se entiende. Desgraciadamente el paro no es una consecuencia inmediata de la introducción de las máquinas, sino del sistema de relaciones productivas que convierten máquinas en paro. Es una forma de esconderse detrás de argumentos tecnocéntricos, cuando la realidad es que todo sigue dependiendo del modelo capitalista de producción. También es cierto que, en el arranque de optimismo maquinista, Rifkin aboga por un nuevo horizonte para la humanidad que es otra manera de iniciar los *brindis al sol*, mientras que las nuevas tecnologías siguen actuando en nuestras vidas y alimentando este extraño momento que estamos viviendo.

Estos asesores de presidentes estadounidenses, siempre tienen nuevas e inquietantes ideas que, gracias al auge de los procesos cibernéticos y tecnocráticos de información, control y respuesta en forma de consumo, acaban haciéndose realidad en poco tiempo. Rifkin apunta una idea que pone de manifiesto el verdadero *caballo de Troya* del imperio en estos momentos. Y era cuestión de tiempo que alguno de estos tuviera la ocurrencia de asociar los estados nación con la era industrial, con aquellas sociedades que gracias a la revolución científica técnica hay que superar. “Los estados geográficamente relacionados entre sí se encuentran de repente a sí mismos con una relevancia

---

<sup>11</sup> Véase nuestro libro, *La ciencia en la encrucijada*, ed. Pentalfa, Oviedo 1999. También puede consultarse en <http://www.nodulo.org/ec/2010/n100p12.htm>. Sobre el concepto de máquina, véase: <http://www.ucm.es/info/eurotheo/hismat/proyecto/maquina.htm>



cada vez menor y sin una misión claramente definida”<sup>12</sup>. La idea es subrayar el fin de los estados nación porque a ninguno de estos ilustrados egregios se le ocurre hablar de democracia y libertad en términos objetivos, solo metafísicos. *El estado es el espacio objetivo donde la población manifiesta e impone su libertad*. Pero es más fácil decir que gracias a las TIC tenemos mucho tiempo libre para el ocio y olvidarnos de la política, como decía nuevamente Tocqueville. Las nuevas democracias serán una tiranía radical imperial asfixiante y aniquiladora del ciudadano.

Lo verdaderamente preocupante de este libro de Rifkin es que después de convencernos con argumentos demagógicos de que el estado es ya una rémora del pasado, nos anime a todos los nuevos parados, jubilados, y abandonados sociales, a recuperar lo que él llama el “tercer sector”, “el llamado sector de voluntarios”. ¡Y dice!: “el tercer sector ya se ha abierto a la sociedad. Las actividades de la comunidad abarcan una amplia gama, desde los servicios sociales a la asistencia sanitaria, la educación e investigación, las artes, la religión, y la abogacía”<sup>13</sup>.

En definitiva, para nuestro asesor de presidentes, de lo que se trata es de que abandonemos de una vez por todas la idea del *estado social* y dejemos que en la era post-mercado post-industrial, todos aquellos derechos que garantiza el estado queden de la mano del maravilloso sector voluntario, como una especie de comunidades “neohippies” donde la gente buena organiza su vida bajo el férreo dominio hipertecnológico de las megacorporaciones.

Claramente, los discursos acerca del futuro, los pronósticos, han encontrado una última barrera para sus fines de dominio imperial: los *estados nación*. Desgraciadamente este tipo de discursos van de la mano de la innovación tecnológica y la manipulación.

Rifkin lo expone con el estilo de un estudio científico: “Al mismo tiempo que desaparece la necesidad del trabajo humano, el papel de los gobiernos sigue el mismo derrotero. En la actualidad, las empresas multinacionales han empezado a eclipsar y asumir el poder de las naciones. Las empresas transnacionales han usurpado cada vez más el papel tradicional del estado y ejercen, en la actualidad, un control sin precedentes sobre la totalidad de los recursos mundiales, de los grupos de trabajadores y los mercados. Las grandes empresas globales tienen activos que superan los productos interiores brutos de muchas naciones.”<sup>14</sup>

Parece incluso que Rifkin se pone de nuestro lado, pero sus planteamientos ideológicos están orientados claramente por el afán imperial norteamericano que en una última ofensiva quiere hacerse cargo de un importante frente estratégico de países sometidos a su influencia para la gran batalla contra China.

---

<sup>12</sup> Rifkin, *El fin del trabajo*, Paidós, Barcelona 1996; pág. 338.

<sup>13</sup> Rifkin, *Op. Cit.*, pág. 280.

<sup>14</sup> Rifkin, *Op. Cit.*, pág. 277.



Este nuevo gran relato dominante, este pensamiento único que aboga por lubricar las mentes para poder hacernos tragar después las estrategias comerciales y la imposición del poder imperial necesita canalizarse y universalizarse. Y a esto ha ayudado de manera decisiva el nuevo reino de los medios de comunicación y manipulación de la conciencia. Las TIC han ayudado y están favoreciendo este proceso de un modo verdaderamente lujurioso. La pantalla digital invade y domina todo contribuyendo a desmontar toda frontera y límite, en la llamada *aldea global*, otro invento de ingeniería publicitaria.

Lo que hace Rifkin es exactamente lo que dice José Luis Gómez en *Los límites de la globalización*:

“La potencia del “campo mediático” alcanza su cenit en los procesos semánticos de globalización, es decir, en las tramas de instauración de conceptos tácticos que esconden geoestrategias económicas, políticas, militares... y cuyos significantes quedan acuñados como expresiones técnicas exentas de ideología. Dicho de otro modo, se trata de la purificación de voces y nociones, a las cuales se las desprovee de su carga de sentido, de su significado político-económico y socio-cultural, para rellenarlas de otra significación y así rebautizarlas con términos tecnológicos o científicos, en algunos casos de manera grosera como, por ejemplo, “ingeniería financiera” en vez de “especulación financiera”. En otros, por supuesto, la maniobra no es tan burda, es mucho más sutil y se inscribe en la construcción y renovación del discurso histórico, o sea, en el corolario que el *Big Brother* de Orwell señalaba en la obra 1984: “quien domina el presente, controla el pasado; quien controla el pasado, es amo del futuro.”<sup>15</sup>

Mompart asevera que se trata de la estrategia correspondiente al “arte de hacer propaganda del futuro”, mercaderes del futuro; también ha diagnosticado de un modo certero y audaz este esfuerzo impresionante que los mercaderes del futuro hacen para disolver mediante una especie de discurso “chicle”, diferencias, desigualdades, injusticias, y estrategias imperiales, bajo conceptos como el de la “sociedad de la información” o “sociedad digital”:

“curiosamente, después del “fin de las ideologías”, del “fin de los bloques” y del “fin de la historia”, y merced a los malabarismos del “pensamiento único” – ahora bajo una supuesta visión holística-, los estrategias del futuro suelen simplificar la complejidad y desigualdad de los sistemas sociales, a la vez que darles un aire de unicidad global (¿comunidad del ciberespacio? ¿comunidad de internautas?) al hablar de “sociedad de la información” o “sociedad digital” como si tratara de un mundo único o una sociedad mundial homogénea, derivada de una supuesta cultura mundial y relativamente acorde con el denominado “pensamiento único”.<sup>16</sup>

Me permito remitir aquí a un impresionante editorial aparecido el día 21 de julio de este mismo año en el *Diario de León*: “la solución de la crisis”, de Enrique

<sup>15</sup> Josep Lluís Gómez Mompart, “El campo mediático y la sociedad de la información”, en VVAA, *Los límites de la globalización*, Ariel, Barcelona 2002; pág. 50.

<sup>16</sup> Mompart, *Op. Cit.*, pág. 52.

Javier Díez Gutiérrez. Dice para empezar, con una claridad meridiana, un diagnóstico semejante al que estamos dando, en relación con el asunto de la crisis económica:

“Los organismos financieros internacionales han generado un discurso, repetido y reiterado hasta la saciedad por la mayoría de los gobiernos y los medios de comunicación, que se ha convertido en un nuevo sentido común. Han conseguido convencer a la mayoría de la población, como analiza el famoso catedrático de economía portugués Boaventura de Sousa Santos, que todos somos culpables de la crisis porque todos, ciudadanos, empresas y Estados, hemos vivido por encima de nuestras posibilidades y nos hemos endeudado en exceso; las deudas deben pagarse y el Estado debe dar ejemplo; dado que subir los impuestos agravaría la crisis, la única solución posible es recortar el gasto del Estado mediante la reducción de los servicios públicos, el despido de funcionarios, la disminución de sus salarios y la eliminación de prestaciones sociales; estamos en un período de austeridad que afecta a todos y para enfrentarlo tenemos que soportar el sabor amargo de una fiesta en la que nos arruinamos y ahora terminó. Esta *realidad*, a fuerza de reiteración y de invisibilizar cualquier otro tipo de análisis, se ha convertido en el nuevo pensamiento único que se torna evidente por su redundancia. Es el efecto de la “gota malaya: gota a gota, el agua horada la roca. Gota a gota, va calando en la mente y construyendo ese nuevo sentido común -evidente- e innegable. Y, sin embargo, sólo es real ese discurso en la medida en que encubre otra realidad de la que la mayoría de la gente tiene, como mucho, una idea difusa”<sup>17</sup>.

Díez apunta que este discurso va dirigido, al igual que toda la demagogia de los propagandistas del futuro, al debilitamiento de los estados:

“¿Por qué quieren hacernos ver que esta solución no es posible hoy en día? Por una decisión política de quienes controlan el sistema financiero e, indirectamente, los Estados. Como explica Boaventura Santos, esta decisión tiene como objetivo debilitar aún más el Estado, liquidar el poco Estado del bienestar que queda allí donde todavía existe”, etc.

Los temores se acrecientan. Rais Buson Zavala y Jorge Sánchez López hablan en un interesante artículo que lleva por título, “De la política a la inteligencia social”, del fin del dominio de la inteligencia. Dicen, por ejemplo: “Pero desposeído de la inteligencia, el mundo puede ser por primera vez anulado desde la razón, y el hombre puede convertirse en el perfecto esclavo: *el sujeto automática*.”<sup>18</sup>

Este tipo de pavores tecnológicos tienen su correlato en películas como *Terminator* o *Matrix*: el domino y poder de la máquina que esclaviza al hombre. Marina ya advertía de los pavores tecnológicos referidos al manido concepto de sociedad de la información. Para Marina (“El timo de la sociedad

---

<sup>17</sup> Enrique Javier Díez Gutiérrez, “La solución de la crisis”. *Diario de León*, 21 de julio de 2011; véase en: <http://www.diariodeleon.es/noticias/noticia.asp?pkid=620190>

<sup>18</sup> En *Invencción informática y sociedad*, *Anthropos*. Revista de documentación científica de la cultura, número 164. (Enero de 1995); pág. 20.

de la información”, en *Quaderns del CAC*, 2 (1998), se trata de un sustituto de la memoria que tiene efectos perversos en la humanidad. Marina sigue en la estela abierta por Platón en el *Fedro*, donde denunciaba las nefastas consecuencias de la escritura para la memoria, llamándola “apariencia de sabiduría”. Por cierto que hoy precisamente se hace público un experimento en el que se ponen de manifiesto los mismos problemas relativos al desarrollo de la memoria, a consecuencia de la intromisión de la red Internet<sup>19</sup>.

Si Internet es ahora un factor que puede modificar y afectar nuestros hábitos cognitivos, el desarrollo inusitado de las TIC en el futuro, claramente, puede tener efectos verdaderamente revolucionarios a largo plazo. Fue precisamente Platón quien jugó con estas ideas en un texto del *Banquete* cuando recreaba el momento del encuentro entre Sócrates y Agatón. Ojalá, decía entonces Sócrates, la sabiduría pudiera transmitirse de uno a otro como el agua vertida de un cuenco a otro cuenco. De la misma manera, el efecto que podría tener el desarrollo de las TIC podría alcanzar niveles inconcebibles. Como aquellos que anhelaba uno de los grandes divulgadores de las TIC, Ray Kurtzweil, en su libro, *La era de las máquinas espirituales*, cuyo subtítulo deja ya sin aliento: “Cuando los ordenadores superen la mente humana”. Según Kurtzweil, para finales del siglo XXI se habrá alcanzado la utopía de una especie de superhombres, *ciborgs* mezclados, en donde sería cotidiano el uso de implantes tecnológicos para aumentar las capacidades de percepción y conocimiento. Las máquinas habrán alcanzado al hombre, y el hombre a través de las máquinas habrá devenido también en un nuevo superhombre, como el anhelado por Nietzsche, pero lleno de cachivaches tecnológicos implantados. La humanidad a base de carbono dejará paso a los más sofisticados soportes sintéticos. En la misma línea del pastoso relato *El hombre bicentenario* de Asimov. Ya no prevemos un futuro de monstruos asesinos fabricados por el hombre, como Frankenstein, o los replicantes de *Blade Runner*, sino máquinas espirituales, nuevos seres en un estadio superior en el que la evolución natural ha dejado paso a una nueva evolución tecnológica que partiendo de la piedra de sílex ha alcanzado el ideal de las máquinas autorreplicantes de von Neumann. Spielberg ha sido, como también Kubrick, profeta de esa nueva era de inspiración mesiánica en donde el hombre aparece precisamente como el mediador que abre el camino a una nueva realidad espiritual mecánica, que estaría incluso contemplada precisamente como el fin hacia el que transita el desarrollo de la naturaleza y del hombre (IA, esa recreación del cuento de Pinocho, es una apuesta clara por la era de las máquinas espirituales después de que el hombre por su propia naturaleza haya sido incapaz de dar solución a los problemas que su propio desarrollo tecnológico habría planteado). Una nueva especie de edad del espíritu al estilo hegeliano, pasando por los más disparatados y entusiastas ingenios de soldados sintéticos, y luchas a favor del bien. Para alcanzar ese futuro sólo cuentan los hombres con ingenio, los detentadores del conocimiento, tecnología y poder económico (el grupo *Bildelberg*, por ejemplo, y sus secuaces, o los que, en la película *2012* tienen pasaje para las fabulosas *neo-arcas*), mientras el resto de la humanidad es un

<sup>19</sup> “Internet es ya la segunda memoria. Disminuye la intensidad de los recuerdos, según científicos norteamericanos, pero cada vez se sabe con más precisión dónde almacenamos datos en la red” en *La Nueva España*, miércoles 20 de julio de 2011; véase en <http://www.lne.es/sociedad-cultura/2011/07/20/internet-segunda-memoria/1105104.html>.



lastre del pasado. Kurtzweil apunta el hecho de que a finales del siglo XXI se habrá generado una especie de lucha de clases entre quienes se han implantado, los *ciborgs*, y los que no se han implantado, los que seguirían siendo “genuinamente” humanos: “los seres humanos que no recurren a esos implantes son incapaces de dialogar con los que se valen de ellos”, dice en tono taxativo<sup>20</sup>.

Leyendo un interesantísimo ensayo de Stephen Jay Gould acerca del fraude de Piltdown, y la implicación prácticamente incontrovertible del padre Theilard de Chardin en este engorroso montaje pseudocientífico, me he dado cuenta de que la tesis de Kurtzweil y su ambiente intelectual ideológico, está contenida en la doctrina del Punto Omega de Theilard. Se trataría de una realización positiva de la metafísica quimera del punto Omega. Así lo resume magistralmente Gould:

“Theilard creía que la evolución se mueve en una dirección intrínseca que representa el creciente dominio del espíritu sobre la materia. Bajo el yugo de la materia, las estirpes divergirían volviéndose cada vez más distintas, pero todas ellas se moverían en la misma dirección general. Con el hombre, la evolución alcanzó su apogeo. El espíritu había comenzado su dominio sobre la materia, añadiendo una nueva capa de pensamiento (la noosfera) sobre la más antigua biosfera. La divergencia sería detenida; de hecho, la convergencia estaba ya en marcha en el proceso de socialización humana. La convergencia continuará al ir prevalenciando el espíritu. Cuando los últimos vestigios de materia hayan sido desechados, el espíritu involucionará sobre sí mismo en un único punto llamado Omega e identificado con Dios: el místico apocalipsis evolutivo que garantizó la fama de Theilard.”<sup>21</sup>

Como se ve, se trata claramente del argumento de la película de Kubrick, *2001, una odisea del espacio*, y ha inspirado tanto la obra de Kubrick como de Spielberg, en una suerte de neoagustinismo político.

Desde sus orígenes, el hombre ha ido transformando el mundo, ampliando sus horizontes, comprendiéndolo como una totalidad. Esa capacidad productiva que ha perfeccionado con los siglos, con las ciencias, las técnicas, el arte, y el lenguaje, nos ha llevado a lo que somos, al mundo en que vivimos. El mundo mismo y el hombre es fruto de la producción. A través del lenguaje los hombres han realizado hazañas magníficas, igual que a través de las ciencias, las artes, o las técnicas. Magníficas cosas todas ellas, pero herencia de otras previas, que refluyen de mil maneras ante nosotros y que se guardan en los entresijos de las cosas, y las palabras, en su etimología, en su capacidad para determinar nuestra forma de conocer, incluso la propia noción de lo que es verdadero, falso, bello, bueno o injusto.

No hay mayor honra o desgracia que aquella que proviene de perdurar en la memoria de los hombres. Pero qué hace a un hombre cualquiera una figura

---

<sup>20</sup> Ray Kurtzweil, *La era de las máquinas espirituales. Cuando los ordenadores superen la mente humana*, Planeta, Barcelona 1999.

<sup>21</sup> Jay Goud, “La conspiración de Piltdown”; en *Dientes de gallina y dedos de caballo*, Crítica, Barcelona 2008; pág. 239.



singular enaltecida por los siglos. Todo se lo debe a los demás, todo se lo debe a su pasado, a su cultura, a su lengua, a su aprendizaje, a sus mayores. Quien ha visto más lejos, lo ha hecho “a hombros de gigantes”<sup>22</sup>. Aquí, como en cualquier otro asunto ideológico, hay dos posturas encontradas, la del idealismo que atribuye al genio particular, a su espíritu, a su mente, a su singularidad, la invención de algo, y la del materialismo que reconociendo el genio, aboga por comprenderlo como fruto de una trayectoria en la que confluyen muchos hombres, mucha historia, quedando este genio reducido al hecho de haber aprovechado toda esa herencia y haberle dado una nueva dirección. ¿Vio Herrera en su mente los planos del Escorial, o los tenía en su mente porque los había visto antes en papel, en los planos de otros edificios en los que se inspiró? Cervantes sin el español no hubiera hecho el *Quijote*. Es una obviedad, pero es importante. Cervantes se merece nuestro elogio, y para él todo el honor de haber ideado el *Quijote* en español. Pero para el español, la gloria de haber hecho posible un Cervantes. Sin tinta, pluma, sin imprenta, sin imperio, sin honra, sin historia, nada hubiera sido posible.

Capitalismo e idealismo van de la mano, espiritualismo de la conciencia y capitalismo son una misma cosa, un modo de entender al hombre y la vida, totalmente incompatible con el presente. La acumulación de riqueza que los hombres han alcanzado no se puede gestionar desde un enfoque tan estrecho como el que propone el idealismo espiritualista y el capitalismo individualista. Pienso en mi padre cuando me contaba las hazañas de aquella cuadrilla de trabajadores ganapanes que, de sol a sol y a pico y pala, construían carreteras estupendas para que por ellas transitaran los vehículos con los cantautores que hoy claman por que se les reconozca su originalidad en forma de dinero. O esos profesionales, educados en las facultades y escuelas que el país ha puesto a su disposición, para que después vayan por ahí alardeando de ser absolutos propietarios del conocimiento que han aprendido malamente a gestionar.

*La propiedad privada de los medios de producción es una cosa del pasado*, algo claramente contradictorio con el mundo en que vivimos, una supervivencia de un modo de vida que tiene su lugar en la Historia. Vivimos sobre esa lógica, asumimos la noción de propiedad como algo indiscutible. Dicen que el estado nación es cosa de la era industrial, que no sirve para el presente; lo que es cosa de la era industrial es la propiedad privada de los medios de producción. La bomba atómica sólo fue posible gracias a la propiedad colectiva de los medios de producción, sin ella sería imposible la era de la civilización científico técnica. La gran ciencia, la gran tecnología, sólo arranca soportada por los estados, patrocinada y custodiada por los estados. La propia noción de valor de cambio de las cosas ya no tiene sentido, porque la capacidad productiva del hombre actualmente es infinitamente superior a sus necesidades, a sus demandas. El escrúpulo de Malthus ha sido superado, y tenía que serlo porque su ley no puede regir para el mundo de la era científico técnica, podrá regir para la naturaleza, pero no para el hombre. Sólo los estados pueden poner algún límite *racional* al despilfarro productivo y comercial capitalista, y su

<sup>22</sup> Remito a los lectores a un libro extraordinario: Robert K. Merton, *A hombros de gigantes*, Península, Barcelona 1990, donde se rastrea históricamente la compleja biografía de esta expresión atribuida a Newton.

debilidad nos hace cada vez más víctimas de ese despiadado despilfarro descontrolado. La política de privatizaciones en aspectos como la ciencia y la tecnología no supone solamente un gasto económico superfluo debido a la masa compleja de procedimientos burocráticos de privatización y asignación de recursos, colaboración entre empresas e instituciones públicas, concursos, premios, etc., supone principalmente la apropiación privada de un capital de conocimiento desarrollado netamente en instituciones públicas del estado: es un robo al estado.

A finales de los años ochenta, los llamados *estados del bienestar* estuvieron a punto de dar el salto hacia el socialismo científico-técnico, habían alcanzado las condiciones objetivas del socialismo del futuro, las condiciones que hubieran permitido la efectiva e irreversible colectivización de los medios de producción, y eso lo saben bien quienes ahora están poniendo todas las trabas imaginables para conseguir desmontar esas condiciones objetivas, para desmontar los estados, esos agentes financieros al servicio del imperio, gestores del FMI, amparados en un periodismo insensato y un poderío militar eficiente <sup>23</sup>. En esas circunstancias, las tecnologías hubieran sido verdaderamente un factor acelerador del proceso de socialización productiva. Sin embargo, en el marasmo putrefacto en el que nos está introduciendo el imperio depredador de estirpe anglosajona, las nuevas tecnologías seguramente apuntarán hacia ese superhombre de Kurtzweil. Pero cada paso en la historia está sin decidir hasta que se da y, una vez dado, es imposible predecir sus consecuencias.

---

<sup>23</sup> Dos libros de Stiglitz son fundamentales para estos argumentos: *El malestar en la globalización* (Taurus, Madrid 2002), donde se explican las estrategias dirigidas por el FMI para la destrucción de los estados de bienestar (experimentadas tanto en la caída de la URSS, como en Argentina, países del sureste asiático, etc.), y *La guerra de los 3 billones* (Taurus, Madrid 2008), donde se da cuenta de cómo el imperio impuso una guerra (la de Irak) y ahora pasa factura en forma de crisis para pagar las deudas contraídas con compañías financieras, armamentísticas, etc., mientras nos hacen creer en el sueño de las hipotecas basura.